

ZONAS DE EMERGENCIA ESPIRITUAL

UN PANORAMA ANGUSTIOSO

En el tercer cuaderno de su fundamental "Guía de la Encuesta Social" —La Encuesta Urbana— propone el P. Leuret (1) un primer contacto global con la realidad sociológica de la ciudad, y después una visita más detallada. Antes de perderse en el laberinto tan complicado de la ciudad moderna, es muy importante sobrevolar la ciudad o, al menos, examinarla, si es posible como en Caracas, desde alguno de sus altos cerros. Un paseo de éstos, con buen baqueano, pondría yo a mis lectores. No sería de placer, y más de una espina punzante quedaría para mucho tiempo clavada en su corazón. Y bastaría limitar la excursión a cuatro o cinco de nuestras ciudades venezolanas más características. En vez del agasajo mentiroso en el Macuto-Sheraton, o en el Hotel del Lago... una cerveza o una pepsicola en cualquier negocio de El Mirador en el "23 de Enero", o de El Manzanillo o La Salina en Maracaibo acentuarían la autenticidad de la visita.

No quisiera hacer de estas líneas una crítica acerba de nadie, cuando todos, más o menos, tenemos parte y aun hemos sido artífices de esta nuestra realidad poco lisonjera. Quisiera más bien que fueran un aldabonazo vigoroso, capaz de quebrar el hechizo extraño de nuestro sueño —de todos— en esta hora de emergencia que vive la Patria; y se limitarían al aspecto religioso haciendo abstracción del socio-económico tan íntimamente ligado a él.

Desafortunadamente, Venezuela va a la zaga de nuestros países latinoamericanos en estudios de sociología religiosa, y apenas contamos con otros trabajos que los del FERES, "La Iglesia en Venezuela y Ecuador", "Estructuras Eclesiás-

ticas", número 3 (2), y una interesante monografía socio-religiosa de la diócesis de Barquisimeto por el Dr. Isidoro Alonso, que no ha visto la luz pública. Muy escasas son las encuestas de sociología religiosa efectuadas en el país, y no recordamos ninguna en gran escala fuera de la realizada en Caracas sobre la asistencia a la misa dominical en 1955 y dirigida por el R. P. S. de Zabala. Por una serie de circunstancias aún no existe en Venezuela una Oficina o un Centro de Investigaciones Socio-Religiosas de la Iglesia, cuya urgencia se hace inaplazable.

R. Veckmans, en su ponencia "Visión de la realidad chilena" (3), habla del subdesarrollo espiritual en nuestro continente latinoamericano. "El subdesarrollo no es solamente un fenómeno económico, sino también social, cultural, político e incluso religioso y moral." Este subdesarrollo espiritual y moral se manifiesta de forma brutal en nuestros países, y más concretamente en el nuestro, en esas inmensas e indefinidas zonas populares que se han ido creando en los últimos años en la periferia de los grandes centros urbanos de nuestras ciudades. Nuestra Iglesia es demasiado débil y sus estructuras poco ágiles y no ha podido acompañarse al descomunal crecimiento demográfico del país. Los grandes barrios periféricos se han hecho sin ella y aún es demasiado tímida su presencia en la mayoría de ellos. La avalancha migratoria, creando inmensos núcleos urbanos, es una cruz demasiado pesada para la humilde parroquia, poco más que una capilla, en la que el sacerdote, casi siempre solo, apenas puede cumplir sus más perentorias obligaciones pastorales y está oprimido por la tarea administrativa.

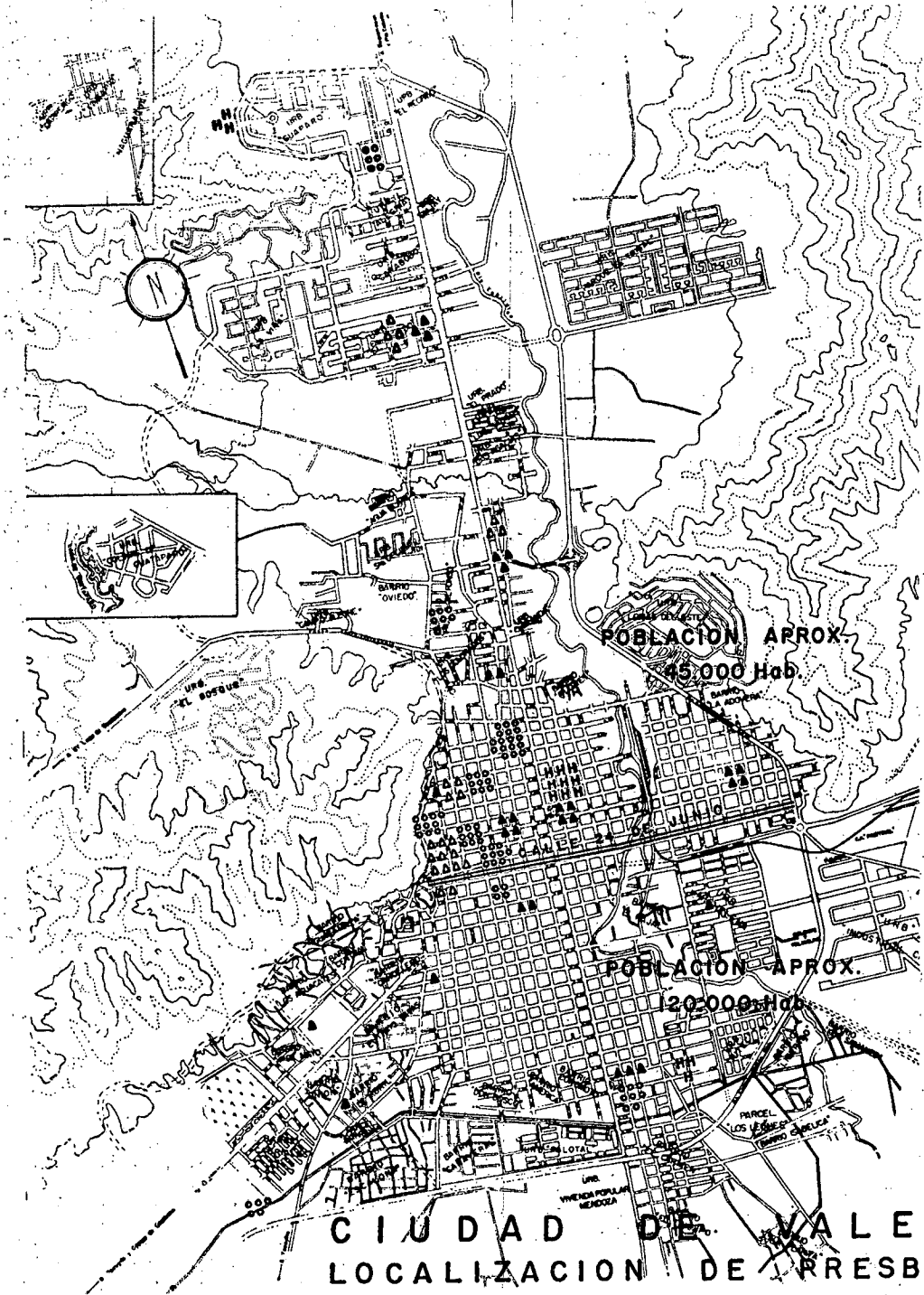
El laicado, que debería ser fermento activo, exige, para existir, un esmerado cultivo, que el párroco no está en capacidad de darle, y así apenas se pueden crear estructuras cristianas: sindicatos de orientación cristiana, partidos acordes con los principios cristianos, escuelas católicas al alcance de la masa desvalida... En la Edad Media fueron los frailes mendicantes, sobre todo los franciscanos, los que bautizaron al nacer la nueva civilización comercial y urbana con su presencia evangelizadora entre las nuevas masas populares que surgen. "Predicando y mendigando están en contacto permanente con los ciudadanos. Su elocuencia, directa y a veces trivial, fascina a las masas populares. Allí donde se reúnen las masas, en los mercados, en las ferias, en las plazas públicas... allí están ellos." (4)

Este mismo fenómeno, con las variantes históricas del caso, se repite en el nacimiento de nuestras ciudades coloniales. Y así nuestro continente nació católico.

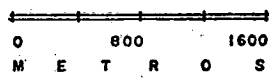
Tristemente, y no por propia culpa, la Iglesia no ha podido estar presente en la impetuosa irrupción de esta nueva América, en cuyo cambio su influencia bienhechora y humanizadora, como de madre y maestra, apenas es perceptible.

CONCENTRACION URBANA Y ENRARECIMIENTO PERIFERICO

Uno de los fenómenos que, no por ser muy frecuente, deja de ser menos lamentable es el de la enor-



C I U D A D D E V A L E N C I A
L O C A L I Z A C I O N D E P R E S B I T E R O S
Y R E L I G I O S O S E N 1 9 6 2



▲ PRESBITERO (dedicado a la vida parroquial)
 (dedicados a la enseñanza o beneficencia)

▲ PRESBITERO

C i n o m

H H DE LA SALLE • MONJA

me densidad de las parroquias urbanas, su gran concentración en el viejo centro de la ciudad, y el enorme enrarecimiento de ellas en las zonas periféricas, principalmente populares. Este múltiple fenómeno, que Chellini en la obra citada estudia específicamente en Europa, se hace catastrófico en las ciudades de nuestro continente latinoamericano. Venezuela, dado su tremendo salto demográfico y la desmesurada movilidad de sus migraciones interiores que desembocan en las ciudades, constituye un caso típico de agravación del problema.

Los viejos centros urbanos coloniales de Caracas, Maracaibo, Barquisimeto, Valencia, etc., son pródigos en campanarios, que se van rarefizando en las nuevas zonas de condensación humana.

Más de una vez, brujuleando por los inmensos barrios populares de Montreal, la metrópoli canadiense, entré en aquellas enormes iglesias funcionales que caracterizaban los barrios católicos franco-canadienses. La Iglesia había hecho acto de presencia a tiempo, y en la casa de Dios había sitio para el pueblo.

En nuestros barrios la Iglesia se presenta tímidamente en diminutas e improvisadas capillas, aisladas muchas veces, alejadas de los núcleos vitales del barrio.

En Caracas las iglesias se arraciman en torno a la plaza Bolívar, mientras que las 14 parroquias, casi todas humildes capillas, de Catia, apenas pueden contener una proporción mínima de los 400.000 habitantes que pueblan la densa zona. La parroquia de Nuestra Señora de la Encarnación, de El Valle, construída hace cerca de tres siglos y servida por dos sacerdotes, apenas puede atender a las necesidades espirituales de una población que debe rebasar los 50.000 habitantes y que se apiña sobre todo en la cordillera de cerros que la enmurallan por el sur-oeste. Los densos cerros de San Agustín del Sur, que se prolongan por El Paraíso, apenas pueden recibir transitoria, y a veces heroica, ayuda espiritual de sus respectivas parroquias, situadas a distancias inverosímiles y en cuadros socio-humanos dispares.

En Maracaibo se repite el fenómeno de condensación de parroquias e iglesias filiales en el centro, y se agrava aún más el enrarecimiento de ellas en la inmensa zona de los barrios periféricos. La dispersión de las viviendas dificulta aún más la justa distribución parroquial, y la terrible escasez de sacerdotes reduce a un minimum lamentable la influencia pastoral de la Iglesia. Enormes barrios como el de San José, El Amparo, La Salina, etc., están casi intactos a la labor directa de la Iglesia, care-

ciendo por lo menos de su influjo permanente. Nuestro trabajo en algunos de ellos nos reveló un alto grado de descristianización. Sólo en pequeños grupos de familias venidas de los Andes se conservaba hondamente la tradición de un cristianismo que era algo más que un tibio rescoldo lleno de supersticiones.

Parecidas consideraciones podríamos hacer respecto a otras de nuestras grandes ciudades, como Barquisimeto y Maracay, omitiendo algunas, como Puerto La Cruz, Cabimas, San Félix de Guayana, que están en situación de gravísima emergencia; pero vamos a resumir el problema en Valencia, nueva ciudad industrial de Venezuela y de la que largamente hablamos en el número anterior de nuestra revista. (5)

El mapa adjunto sobre los servicios religiosos en la ciudad de Valencia, cortesía de C.I.N.A.M.E.D. (Centro de Investigación y Estudio para el Desarrollo, Apartado 2.597, Caracas, Venezuela), nos habla mejor que las palabras más elocuentes de la situación religiosa que estamos estudiando, con el lenguaje preciso de las cifras y de la investigación científica. "Los 120.000 habitantes ubicados al sur de la calle 24 de Junio están en todos los sectores de la vida económica, escolar, administrativa y religiosa (el subrayado es nuestro) infinitamente menos equipados que los 45.000 habitantes que viven al norte de la misma calle... El sur ha sufrido un crecimiento tal, que la implantación de los servicios apenas está esbozada (particularmente los servicios religiosos, escolar medio y superior, administrativos, ciertos equipos comerciales y culturales) cuando esta zona, apresurada por la necesidad de una "urbanización" rápida, hubiese debido constituir el objeto de un cuidado muy particular. El único equipo distribuido a profusión en esta zona de la ciudad es el pequeño comercio de base (botiquín, abastos)..." (6).

Pero si el contraste entre los presbíteros dedicados a la vida parroquial es tan estridente en ambas zonas, es brutal el que se da entre los otros servicios religiosos, como enseñanza y beneficencia, y el número de religiosas dedicadas a ellos en ambas zonas.

INJUSTA DISTRIBUCION DE LAS RIQUEZAS ESPIRITUALES

Este hecho de injusta distribución de las riquezas espirituales que grita al cielo en el mapa adjunto de Valencia, ciudad de base cristiana y que cuenta con un cle-

ro escogido y relativamente abundante, se repite con agravado dramatismo en todas nuestras grandes ciudades. Los obispos venezolanos han sentido la angustia del abandono espiritual de los barrios y, sacando fuerzas de flaqueza, se han desvivido por ponerle rápido remedio, en lo posible, sembrando de parroquias la periferia urbana. El llorado arzobispo de Caracas Monseñor Rafael I. Arias, en sus cuatro años apenas de gobierno (1955-1959), creó más de 20 nuevas parroquias sólo en la ciudad de Caracas, casi todas en sus barrios.

Su esfuerzo tipifica el empeño de los demás obispos, que la brevedad del espacio nos obliga a omitir.

En los barrios afortunados que cuentan con iglesia o capilla parroquial, éstas, sin embargo, atendidas generalmente por un solo sacerdote, suelen ser islotes perdidos en un océano sin fin de habitaciones populares. En algunas de ellas, el párroco, con gigantesco esfuerzo y mendigando de puerta en puerta por las casas de los ricos de las urbanizaciones, ha conseguido levantar una humilde escuela parroquial semieratuíta que atiende personalmente con un puñado de maestras del barrio, o ha puesto al cuidado de un grupito reducido de religiosas. Y de ordinario estas escuelitas, que no reciben ningún subsidio del Gobierno, sobreviven penosamente y no están al alcance de los bolsillos demasiado livianos del padre de familia-tipo, que a duras penas puede colocar a sus hijos en el grupo escolar oficial, gratuito.

En los más de los barrios el desamparo espiritual es casi total, y apenas lo alivia la visita esporádica, de tarde en tarde, del sacerdote encargado o la aparición semanal, por unas horas, de alguna que otra hermanita catequista que adoctrina a un grupo de niños.

De los 200 colegios católicos, aproximadamente, que existen en la ciudad de Caracas, apenas 50 están enclavados en las densas zonas populares, y algunos de éstos atienden a la clase media modesta, que es una élite en los barrios. De las 60 congregaciones religiosas e institutos seculares, femeninos, de Caracas, apenas una cuarta parte está representada, aun por mínimos núcleos, en las zonas populares o en ministerios relacionados con el pueblo humilde. La tremenda concentración de colegios católicos, masculinos y femeninos, en la zona del Este de la ciudad, habitada generalmente por gentes pudientes, y su terrible enrarecimiento en la zona popular, por ejemplo, de Catia, exige una austera revisión de las fuerzas católicas y una urgente mejor distribución de ellas, si no queremos

que la evangelización de los pobres, como característica de la Iglesia de Cristo, sea algo más que un chiste de mal gusto.

Estos datos se hacen más dolorosos en las demás grandes ciudades, mucho peor dotadas de equipos religiosos que Caracas y donde las comunidades religiosas, como en Valencia, Maracaibo, Barquisimeto... son estrellas solitarias en el cielo del desamparo popular.

Y hablo de ellas no sólo en base al "Anuario Católico", sino también a un contacto directo y personal. Esfuerzos aislados, y sobre todo el gigantesco realizado por la organización "Fe y Alegría" en zonas del mayor desamparo de muchas de nuestras grandes ciudades, abren un paréntesis a la esperanza, pero no disminuyen sustancialmente la gravedad del problema, aunque lo aminoren parcialmente.

Serían necesarios remedios drásticos, como aquellos que empezó a emplear Monseñor Arias en Caracas obligando a las comunidades religiosas, que le pedían permiso para levantar un colegio en una urbanización, a crear una escuela popular en un barrio, y movilizándolo, por mandato episcopal, a todas las fuerzas católicas en un plan permanente de auxilio espiritual a los barrios. Estas medidas no surten el efecto que la Iglesia quiere, sin embargo, sin un espíritu de generosidad apostólica, desprendimiento de los bienes de la tierra y "realismo" evangélico, a tono con la brisa de renovación que barre la Iglesia de hoy.

FERMENTO LAICAL

El P. Emilio Pin, S. J., en su magnífica monografía sobre la parroquia urbana de San Pothin en Lyon (7), destaca la función evangelizadora del laicado en la animación pastoral de la parroquia. Es de subrayar particularmente la impregnación cristiana del ambiente por medio de la Acción Católica especializada.

La Iglesia es una sociedad viva, su mensaje evangélico es una doctrina de vida y su función principal es animar por medio de los sacramentos, de la liturgia, de un ideal cristiano, las comunidades humanas vivas. Ella debe vivificar las estructuras humanas, injertarse en ellas, para cristificarlas. Pero esta tarea la debe realizar la comunidad cristiana toda, no sólo individuos aislados de ella, como el sacerdote, la monjita o algunos militantes más o menos agueridos. La parroquia será terriblemente manca si no es una comunidad, y no se proyecta como tal en las realidades humanas en tor-

no, por la acción sobre todo de los laicos. La misión específica de los laicos es trabajar, ayudados por el sacerdote, para transformar esas estructuras ambientales que asfixian la fe. Este es el papel de la Acción Católica especializada.

En nuestros ambientes populares es tan angustiosa la carencia sacerdotal y tan desesperada la miseria espiritual que, además de encarnar con toda su vida cristiana en las estructuras humanas, el laico cristiano debe dedicarse a la evangelización directa. "En América Latina, decía Pío XII, el laicado, la Acción Católica, no sólo debe ayudar al sacerdote, sino que tiene muchas veces que reemplazarlo porque no existe."

Esta idea de la parroquia-comunidad, aun embrionaria, a duras penas se está abriendo entre nosotros. El sacerdote es generalmente el hombre fuerte y autoritario que desesperadamente se afana por vivir y administrar ciertos sacramentos. Los bautismos, las primeras comuniones, el auxilio a los moribundos, la atención, que le supone tremendo esfuerzo, a los grupos escolares... hacen una pesadilla de su vida. No es el "superman" al que se pueda exigir además la formación, tan ardua, de núcleos de apóstoles laicos. Y si a veces lo hace, hay que calificarle de héroe.

Esa es, entre otras de menos valor, la razón más perentoria por la que apenas si existen núcleos de militantes cristianos en nuestros barrios. La Acción Católica Obrera de adultos aún no ha nacido en Venezuela, y su gestación es difícil, pues apenas existe en nuestros trabajadores conciencia de clase. La Juventud Obrera Católica (JOC), que cuenta con 8 años de vida en nuestro país, continúa debatiéndose entre el ser y el no ser por falta de asesores y razones ambientales. Su acción está reducida a unos pocos barrios de Caracas y a algunos pequeños núcleos en el interior, y el número de sus auténticos militantes se puede casi contar con los dedos de las manos.

La Acción Católica general es una sombra fantasmal en nuestros barrios, fuera de pequeños grupitos que se cobijan en torno a algunos párrocos. Los Cursos de Cristiandad y el Movimiento Familiar Cristiano presentan características actuales que los alejan de los ambientes populares. Sólo la Legión de María ha penetrado hondamente en vastos sectores populares de algunas de nuestras ciudades y está realizando una maravillosa labor de evangelización a las órdenes de los párrocos respectivos. Es la única organización que se ha filtrado audazmente en ciertas zonas casi impermeables a la influencia cristiana, como los

superbloques de Caracas, y en algunos de esos monstruos de cemento existen hasta varios "praesidia" de la Legión, no sólo de adultos, sino también juveniles.

Citemos dos casos de su labor en dos parroquias características de barrio. En la parroquia San Benito (San José del Avila), de Caracas, existen 6 grupos o "praesidia" de la Legión de María que trabajan en los cerros y quebradas que constituyen el núcleo de la parroquia. He aquí algunas muestras de su labor evangelizadora en el año 1962:

Visitas a enfermos hospitalizados y particulares	1.303
Horas de catecismo en la parroquia y en los barrios	1.291
Visitas y revistitas de hogares ...	5.675
Santificación de hogares	60

Más de 20 grupos legionarios, muchos de ellos juveniles, y que se reúnen en los superbloques del "23 de Enero", constituyen la vanguardia apostólica de la parroquia "Jesus Obrero" (Catia) y un formidable testimonio cristiano en un ambiente infectado por el marxismo más virulento.

LA OBSESION DE LAS CATEDRALES

Padecemos una enfermedad, que creemos no es congénita, sino de mentalidad. La podríamos calificar de "enfermedad de piedra" u "obsesión de las catedrales". Creemos que con construir una hermosa iglesia, cuanto más monumental y aparatosa mejor, ya se ha realizado la labor de construir la comunidad cristiana en los barrios. Hay una convicción profunda de que, si existe la jaula y es bella, vendrán los pájaros. Y se descuida la Iglesia viva, la comunidad cristiana. O se le da una importancia secundaria. La caridad nos impide citar ejemplos sintomáticos de esa enfermedad. Y cuando se ha construido el monumento, hay que adornarlo. Y ha resultado el panteón de mármol de la comunidad cristiana del barrio. Porque los pobres no van, pues les avergüenza la riqueza ornamental. Desentonan en ese palacio, que les parece la casa de los ricos. Y si van, les cuesta volver porque hay que pagar muchas deudas y el sacerdote pide mucho dinero y ellos no tienen ni mucho ni poco. ¡Y lo encuentran todo tan frío! Los sacerdotes debemos caer en la cuenta de que, en el abandono del templo o en la inasistencia a la misa dominical no sólo cuentan las distancias geográficas, sino ciertas distancias psicológicas que se superan más difícilmente...

¿Si en vez del templo monumental se hubieran construido tres o cuatro grandes capillas, funcionales, como para "casa del pueblo", en los barrios vitales del enclave parroquial?... En su turno se hace inmensamente más fácil crear la comunidad cristiana, fraternal, y que dé el testimonio de la caridad, el único que debe realzar la presencia de la Iglesia en los ambientes populares. Es éste el que debe alentar la construcción de nuestros centros de reunión y culto en ese espíritu nuevo que ha movido a Monseñor Eugenio Sales, Obispo de Natal en el Brasil, a suspender la construcción de su catedral para invertir todos los recursos disponibles en obras de base para la promoción de la clase obrera, y principalmente del campesinado del Nordeste. Sus palabras son todo un curso de pastoral moderna: "En nuestros tiempos de injusticia social, es más importante un sindicato que una catedral. Si construyo una catedral en un mundo donde hay tantas injusticias contra el pueblo, los comunistas me la pueden echar abajo. Si construyo una catedral en el corazón del pueblo a través de la justicia social cristiana, nada ni nadie podrá destruirla."

Más de una vez me he estremecido de angustia al ver repletas las capillas-salones—numerosas y bien situadas en el corazón del barrio—de las sectas más estrafalarias, y nuestras catedrales de piedra fría tan solas y mudas... Y nuestro pueblo no entiende eso de la "Iglesia del silencio".

EL PULULAR DE LAS SECTAS

No he podido encontrar un subtítulo más expresivo, pues, en efecto, en nuestros barrios populares, sobre todo en los más desprovistos de presencia católica activa, hay un inquietante pulular de las sectas, particularmente de origen protestante y esotérico. Y hablo de sectas específicamente, pues las viejas y serias iglesias y organizaciones misioneras protestantes se mantienen en nivel más o menos estacionario.

Testigos de Jehová, Pentecostales, sectas "curativas"... se han sembrado por doquier, y, desde sus sencillos salones-capillas, están realizando una labor de impregnación si no muy honda, sí muy extensa, y sus cultos populares y rudimentarios atraen a nuestra gente, que hambrea lo espiritual. Allí pretenden encontrar ese calor fraternal y amistosa acogida que tal vez no han hallado en la iglesia católica del barrio, lejana e impersonal. Una vez que han gustado el vino excitante del nuevo evangelismo, que satisficé su corazón

y hasta sus sentidos, difícilmente volverán a su antiguo y moribundo ritualismo católico. La inexistencia de auténticas comunidades católicas, que los acojan fraternalmente, hará más difícil el retorno. Tal vez sea más probable el paso ulterior, por lo menos en la segunda generación, hacia un paganism amoroso y cómodo. Los himnos, su participación activa en los cultos en vez de ser simples fichas o sillas numeradas en el templo católico, el sentirse en su casa cuando hasta el pastor es sólo el hermano mayor, y particularmente su enrolamiento en la difusión del mensaie, llenan sus vidas, las hacen importantes. Abundan las razones que explican la fascinación que ejercen las sectas en nuestros ambientes populares.

Ahora está haciendo furor en los barrios de nuestras ciudades la secta que se hace llamar por el pueblo "Ebenezer". Sus fundadores, los hermanos Galdona, de Barquisimeto, han remodelado la secta americana criollizándola. Esta versión venezolana de los "shakers" americanos, con su música excitante, sus atronadores aplausos, la histeria de sus gritos sagrados y frenesí de sus bailes hipnotiza a los impresionables habitantes de nuestros suburbios, como lo he podido comprobar en alguna de nuestras ciudades del interior.

HACIA UNA PASTORAL ACOMODADA

En un luminoso artículo de la revista de sociología religiosa "Social Compass" (8) el P. E. Pin, que no desconoce nuestros medios populares, estudia el fenómeno real y masivo de la desafección religiosa de los obreros y de las clases humildes. Es un hecho tan patente, que no necesita ser probado. También entre nosotros, y con mayor aceleración sin duda, "la ciudad, como dice un renombrado sociólogo francés, liberando al individuo del lazo social de los orígenes, le dispensa de todo homenaje a Dios, que era el "Dios" de su comunidad anterior, campesina".

Si el problema es grave aun en regiones profundamente cristianas como Quebec, en el Canadá, donde, en muchas partes, como lo afirma el sociólogo M. Matte, "la Iglesia está canónicamente presente, pero no sociológica ni sociológicamente", ¿qué podremos decir de estas enormes concentraciones periféricas de nuestras ciudades que hemos llamado zonas de emergencia espiritual?

No basta la antigua pastoral. Hace falta sincronizar todos los esfuerzos apostólicos de la ciudad y aplicarlos a las zonas de emergencia. En algunas de nuestras ciuda-

des son numerosas las fuerzas apostólicas. Por ejemplo, en Caracas. ¡Qué triste es constatar, sin embargo, la anarquía de las fuerzas católicas en el esfuerzo apostólico, la mayor plaga del catolicismo en Latinoamérica, como nos decía impresionado hace dos años Monseñor Boulard!

Harían falta una verdadera red de parroquias misioneras, presentes en los barrios, a través de auténticas comunidades cristianas, que testimoniaran sobre todo por la caridad (9). Una parroquia aislada, aunque maravillosamente organizada y trabajando en equipo pastoral, es incapaz de transformar un ambiente social. El esfuerzo mancomunado de varias parroquias rompería ese sentimiento sordo de frustración e impotencia radical que sienten tantos sacerdotes en nuestras inmensas y monstruosas parroquias populares.

Sin equipos sacerdotales, sin una red de ellos, dirigidos a nivel diocesano y superando la fase pastoral reemplazándola por la "misionera", sin equipos de religiosas y de seglares, con una profunda mística misionera y trabajando en coordinación con los responsables de la zona, sin una honda renovación de la liturgia y de la predicación (tan atrozmente desvitalizada e indigesta), sin una renovación de la vida interior y de la caridad mutua, que anularía las infinitas distancias entre los apóstoles, poco se podría hacer. No es ciertamente problema de activismo.

Gracias a Dios, hay una gran inquietud entre los sacerdotes y religiosas, fogueados apostólicamente en las Ejercitaciones por un Mundo Mejor. Y en los seglares prendió también la llama. La tremenda actividad de los marxistas sirve también de aguijón acuciante. La Iglesia no puede rehusar la batalla.

A partir de una serie de charlas sobre la Pastoral de Conjunto que pronunció hace dos años Monseñor Boulard en el Seminario Interdiocesano, se crearon en Caracas zonas pastorales, y alguna de ellas está trabajando bien. Las parroquias del Sector de Catia (Caracas) lo están haciendo en equipo hace dos años, y ya se cosechan los primeros frutos. Ante mis ojos tengo un plan de trabajo presentado a los Sres. Obispos de Venezuela, sintonizando con este espíritu, por uno de los párrocos de la zona de Catia. Esperamos oír su voz asomándose a nuestra revista.

Y pido perdón, porque tal vez con estas líneas excesivamente rudas he herido epidermis delicadas. Son reflejos de una angustia. Y acabo con una expresiva anécdota que cuenta el P. Motte, fundador y director del Centro Pastoral de Misiones del Interior (Francia):